

EL PROBLEMA DE LA INTEGRACIÓN ACCIÓN-ESTRUCTURA A LA LUZ DE LAS RELACIONES ENTRE BIOGRAFÍA Y SOCIOLOGÍA

José Francisco Jiménez Díaz y Francisco Entrena Durán
Universidad Pablo de Olavide y Universidad de Granada
josefco@upo.es , fentrena@ugr.es

Resumen:

Este trabajo pretende elaborar una reflexión teórica sobre el problema sociológico de la integración entre acción y estructura a la luz de las relaciones entre perspectiva sociológica y enfoque biográfico. Desde sus inicios como ciencia, la Sociología ha intentado ofrecer diversas narrativas teóricas sobre la génesis, desarrollo y funcionamiento de las sociedades humanas y sus principales instituciones. Sin embargo, en tales narrativas no se observa la integración de las cambiantes acciones, vivencias y relatos de los sujetos sociales en una explicación sociológica que considere, además, la dinámica de las estructuras sociales. Así pues, integrar estas dos dimensiones analíticas en la Sociología requiere una apuesta decidida, tal y como argumentó Wright Mills, por el estudio de las relaciones entre biografía e historia, pues en la confluencia entre ambas esferas es posible comprender las lógicas de organización y cambio de las sociedades humanas. Por ello, en las investigaciones sociológicas se muestra necesario el análisis detallado de tales relaciones para poder comprender la historicidad y reflexividad de las prácticas y representaciones sociales.

Palabras clave: Sociología, biografía, historia, integración acción-estructura.

1.- Introducción.

Pese a la reconocida utilidad de los enfoques biográficos en el proceso de conocimiento de la vida personal y social (Alonso, 1998; Atkinson, 2005; Bertaux, 1997; Ferrarotti, 1981; Lindón, 1999; Lahire, 2009; Miguel, 1996; Pujadas, 1992), durante gran parte del siglo XX las ciencias sociales se centraron en la vida colectiva y en las estructuras objetivas. Salvo en algunos estudios aislados, como el de Thomas y Znaniecki (1958), la narrativa personal y biográfica no fue tenida en cuenta. Lo esencial era tratar la vida sociopolítica desde el

análisis de la colectividad o totalidad social, no a través de los ojos de los actores, agentes, individuos, personas y/o sujetos sociales¹⁷. Este análisis producía una visión del sujeto como si fuese un “idiota cultural”, es decir, un “individuo aplastado y cuasi dirigido por las estructuras y los sistemas sin ninguna libertad en sus decisiones” (Gaytán, 2011: 68). Así, la mayoría de quienes desarrollaban la perspectiva sociológica, entre las décadas de 1930 y 1950, relegaron la impronta humanística de tal perspectiva y la necesidad de integrar en ella los cambiantes sentidos que las personas atribuyen a la realidad social.

No obstante, desde la década de 1960, diversos enfoques sociológicos, tales como la fenomenología, el interaccionismo simbólico, el estructuralismo constructivista y la etnometodología, se han interesado por las construcciones subjetivas de la realidad social, cuestionando, a la vez, esa imagen del individuo como idiota cultural (Berger y Luckmann, 1991; Berger y Kellner, 1985; Bourdieu, 1979; Cicourel, 1982; Elias, 1978; Garfinkel, 1967; Giddens, 1995; Giddens, 2012; Goffman, 2009; Schütz, 1974)¹⁸. Así, diferentes sociólogos han enfatizado la relación dialéctica del individuo con las estructuras sociales y cómo éstas son interiorizadas, construidas, recreadas y cambiadas por las personas a lo largo del tiempo. Con el desarrollo de dichos enfoques sociológicos, la aproximación biográfica, tras haber sido casi olvidada, empezó a recuperarse a finales del siglo XX, momento en el que aparecen distintos estudios biográficos relevantes (Bertaux, 1981; Bourdieu, 1999; Ferrarotti, 1981; Marinas y Santamarina, 1993; Moreno et al. 1998; etc.). De esta manera, la aproximación biográfica se convirtió en un fructífero campo para el cultivo de la perspectiva sociológica, a la vez que se abrieron vías de comunicación entre las ciencias sociales.

Si la “objetividad” es crucial en el proceso de conocimiento de las estructuras sociales, no lo es menos la “subjetividad” para la comprensión de la conciencia práctica y discursiva de los agentes. Éstos no pueden ser concebidos como marionetas a merced de los hilos de la estructura social, la cultura, la lucha de clases o el devenir de la historia, sino que son personas con la capacidad de actuar (Miguel, 1996: 9), de actuar de otra manera a como las instituciones y roles sociales pautan y, por ende, de reconstruir su identidad y/o resignificar sus representaciones sociales en los procesos de cambio biográfico e histórico. En este sentido, se ha argumentado que “lo más asombroso [de la vida social] es el hecho de que cualquiera que sea el sistema de condicionamientos, prácticos y simbólicos, al cual

¹⁷ En este trabajo se utilizan como sinónimos los términos: actor, agente, individuo, persona y sujeto. Al utilizar dichos términos se refiere al concepto más general de acción social humana.

¹⁸ En la bibliografía, se indica el año de publicación de la edición original de las obras citadas.

esté sometido un actor (individual o colectivo), éste siempre puede actuar, y sobre todo, actuar de otra manera” (Marttucelli, 2009: 6). Esto es, las personas pueden ser libres y actuar y pensar de modo innovador (Berger y Kellner, 1985: 135).

Sin embargo, no es tarea sencilla explicar las relaciones entre acción humana y estructura social. Así lo reconoció C. Wright Mills quien, pese a la dificultad de la empresa, insistió en que la auténtica ciencia social es la que conjuga biografía e historia; esto es, aquella ciencia social que considera la reflexividad e historicidad, así como la dimensión espacio-temporal inherente a toda práctica social humana. Si se analizan estos elementos se llega a adquirir una conciencia y comprensión más cabal e integrada de la realidad social. Mills (1993) argumentó que sin biografía es imposible entender la realidad social y sus procesos, pues la memoria biográfica no es un mero ejemplo de la vida social, sino un elemento clave para comprenderla. Así, “la imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. [...] [El] estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual” (Mills, 1993: 25-26).

Aún en el presente, para una gran parte de los llamados científicos sociales, el enfoque biográfico se considera como un aspecto secundario, marginal, que sirve sólo como ejemplo, ilustración o anexo de análisis estructurales más profundos y sistemáticos. No obstante, es muy importante reconocer el valor del análisis biográfico-narrativo por sí mismo, y no como ejemplo excepcional que pueda aducir el científico social. El comportamiento sociopolítico se entretiene en la trama de las relaciones subjetivas, o incluso en la historia de una vida sola (Miguel, 1996: 9-10), y más aún si se considera que tal comportamiento muchas veces está orientado por la acción de personalidades carismáticas y provistas de poder, como así ocurre en el caso de los líderes populistas y las ideologías que producen los primeros mediante sus discursos públicos (Robles Egea, 2012).

Considerando las anteriores ideas, en este trabajo se reflexiona sobre el problema de la integración acción-estructura en el marco de las relaciones entre enfoque biográfico y perspectiva sociológica. Para ello, a continuación, se expone sucintamente la problemática de la integración acción-estructura en la reflexión sociológica contemporánea, así como las posibles relaciones entre Sociología y biografía. Luego, se argumenta la pertinencia de los conceptos de “situación biográficamente determinada” (Alfred Schütz) y de “dualidad de la estructura” (Anthony Giddens) para una mejor comprensión del dilema acción-estructura en

el marco de las relaciones entre biografía y Sociología. Por último, se presentan las conclusiones de este escrito.

2.- El problema acción-estructura y las relaciones entre biografía y Sociología.

Diversos pensadores contemporáneos han reconocido explícitamente que el problema y/o dilema acción-estructura constituye una cuestión básica de la Teoría Social Moderna (Archer, 1988; Bourdieu, 1979; Giddens, 1995; Habermas, 1987; Marttucelli, 2009; Ritzer, 1993; Touraine, 1977; etc.). Este problema se refiere a dos preguntas sociológicas fundamentales y complementarias, a saber: “¿Qué es externo a los individuos? ¿Qué es lo comprensivo desde los sujetos?” (Gaytán, 2011: 68). Las diferentes respuestas a estas preguntas han producido profundas divisiones entre los sociólogos, pues mientras unos enfoques sociológicos enfatizan la dimensión activa y creativa del obrar humano (interaccionismo simbólico, fenomenología, etnometodología), otros enfoques resaltan la influencia restrictiva de la realidad social en los actores (funcionalismo estructural y algunas variantes del marxismo). Además, las posibles respuestas a tales preguntas se enmarcan en una larga tradición de pensamiento sociológico que se remonta a los orígenes mismos de la Teoría Social Moderna, como así ocurre en el caso de Carlos Marx.

Efectivamente, Marx argumentó que: “Los seres humanos hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado” (Marx, 1982: 11). Con estas palabras, Marx deja muy claro la relevancia que tiene el obrar humano (acción) en el devenir de los procesos socio-históricos; se muestra, pues, una interacción dialéctica entre la acción y la estructura social. Acción y estructura se influyen recíprocamente, y ninguno de estos elementos determina por completo al otro; antes bien existe una interacción dialéctica entre ambos, la cual habrá que desvelar en los estudios sociales empíricos. En definitiva, si bien la acción humana está limitada por las estructuras, los individuos producen la sociedad, pero lo hacen en tanto “actores históricamente situados, no bajo condiciones de su propia elección” (Giddens, 2012: 205). Tal visión teórica ha llevado a que algunos sociólogos conciban la teoría social de Marx como el mejor ejemplo de paradigma sociológico integrado entre acción y estructura (Ritzer, 1993 y Giddens, 1995).

Por un lado, dicha visión teórica sólo es posible desarrollarla en todas sus consecuencias si se esclarecen las relaciones entre perspectiva sociológica y enfoque

biográfico, en tanto miradas de la realidad social no excluyentes ni incompatibles, sino complementarias y provechosas para una cabal comprensión de las relaciones entre acción y estructura. Aquí se concibe el término mirada como sinónimo de visión, enfoque o aproximación; términos que permiten situarse en un plano teórico, previo al método o *premetodológico*, para designar un estadio mucho más abierto y flexible en los estudios sociales (Alonso, 1998: 16). Por otro lado, es necesario recalcar que las diversas tentativas de integración teórica de acción y estructura no han explorado, aún, en todas sus consecuencias las relaciones y/o confluencias entre biografía y Sociología en el esclarecimiento de tal integración teórica. Así, a continuación se dilucidan las posibles relaciones entre perspectiva sociológica y enfoque biográfico.

La perspectiva sociológica, a juicio de G. Simmel, se puede definir como una disposición entrecruzada de miradas, gracias a la cual se puede ver lo relevante entre las innumerables formas y contenidos que configuran el complejo mundo social. En palabras de Simmel, la Sociología es una forma de ver el mundo a través de la cual el observador se hace consciente de los diversos tipos de producción social y estudia: “la producción de fenómenos por medio de la vida social, y ciertamente en un doble sentido, por la coexistencia de individuos interactuantes que produce en cada uno lo que no es explicable a partir de él sólo, y por la sucesión de las generaciones, cuyas herencias y tradiciones se amalgaman indisolublemente con la adquisición propia y hacen al hombre social” (Simmel, 1986: 237).

En consecuencia, la mirada sociológica no consiste en un mero “conocimiento de sentido común” de las acciones que los agentes desarrollan en su vida cotidiana (Schütz, 1974: 35-45). Para los agentes en tanto copartícipes del “mundo del sentido común”, el cual los primeros intentan cambiar y dominar antes que comprender, sólo es posible mirar la sociedad desde las posiciones ocupadas en dicho mundo. En todo caso, el “mundo del sentido común” es la escena de la acción social y en él los seres humanos “entran en mutua relación y tratan de entenderse unos con otros, así como consigo mismos” (Natanson, 1974: 16). La Sociología, sin embargo, plantea preguntas sobre tal mundo y se distancia de él para intentar comprenderlo, siendo consciente de que cualquier mirada, también la suya propia, es el producto de una acción / opción humana y, por ende, comporta que sea reflexiva, selectiva, creativa e incluso pueda ser sesgada. Precisamente, para no caer en posibles distorsiones de las miradas sobre la realidad social, se ha de convenir que la perspectiva

sociológica “es siempre *parcial* y que son posibles otras perspectivas, incluida la de los seres humanos que actúan en libertad” (Berger y Kellner, 1985: 136).

Sin duda, la mirada sociológica está educada y se puede reeducar mejor, pero, en cualquier caso, tal educación de la mirada es esencial hasta para definir la misma realidad social (Alonso, 1998). Además, en el desarrollo de dicha mirada se ha de reconocer su impronta humanística, mediante la cual se trata de comprender las vivencias de determinados seres humanos que atesoran una experiencia de vida única que los diferencia entre sí, a la vez que los asemeja en ciertas dimensiones. Tales vivencias están insertadas en el mundo de la vida diaria y/o mundo del sentido común que permite a los seres humanos compartir un conjunto de saberes mutuos y tácitos, los cuales, a su vez, hacen posible una acción comunicativa provista de sentido mediante el lenguaje ordinario (Giddens, 2012; Habermas, 1987; Schütz, 1974). Por ello, es pertinente un encuentro de miradas entre las aproximaciones al estudio de la realidad social que propician las miradas biográficas y los enfoques sociológicos, sin que ello suponga una pérdida de rigor y/o de valor cognoscitivo de estos últimos. No en balde, la Sociología se ha concebido como una ciencia histórico-social-hermenéutica (Habermas, 1987; Alonso, 1998) en el sentido de que trata de desentrañar los significados “sociales” que adquieren las diversas acciones y/o vivencias de los sujetos con arreglo a ciertos intereses cognoscitivos del observador. Tales significados son construidos a lo largo de procesos biográficos e históricos mediante múltiples interacciones sociales, las cuales se caracterizan por tres rasgos constitutivos de la acción social, a saber: una comunicación provista de *sentido*; cierto *orden moral*; y el desarrollo de *relaciones de poder* (Giddens, 2012: 137). Los procesos biográficos se conciben no tanto como hechos positivos o cosas exteriores a las personas, sino como configuraciones cognitivas, incorporadas por tales personas, y que las relacionan con el “grupo y cultura incrustando percepciones y expresiones personales en redes comunicativas interpersonales, situadas, a su vez, en una serie de matrices sociales que las contextualizan y las hacen inteligibles” (Alonso, 1998: 71-72).

Por ello, se puede convenir que: “la sociología como ciencia no será científica sólo por *medir* dimensiones de la realidad social, sino que ha de *interpretar* las que no consistan en cantidad, sino en significado [...] No se trata de ningún ‘retorno del sujeto’ o de un nuevo auge de lo subjetivo, sino de arrojar luz sobre un plano básico de la objetividad: el sentido que tienen para mí las cosas *no lo pongo yo, sino que me viene dado*, y es compartido por

mucha gente” (Beltrán, 2000: 122-123).

Ello significa que la perspectiva sociológica se inserta en un marco de referencia que posibilita percibir la vida como un movimiento dentro y mediante “determinados mundos sociales, a los cuales están vinculados sistemas específicos de significado” (Berger, 1988: 96). Tales sistemas de significado se producen y reproducen en sociedad, lo cual implica que son compartidos por los seres humanos, incorporándose por éstos en una gran variedad de situaciones y de puntos de vista en función de la posición social ocupada en cada momento. Por situación se entiende “un conjunto específico de condiciones que pueden generar, definir y determinar el curso de un proceso [social y/o biográfico]” (Berger, Eyre y Zelditch, 1989: 21). Por tanto, situación y proceso biográfico se han de entender de forma interdependiente y dialéctica, como más adelante se argumenta a través del concepto de *situación biográficamente determinada* (Schütz, 1974). Así, para desarrollar la perspectiva sociológica se ha de ser consciente de la diversidad de puntos de vista y situaciones existentes en el contexto social que se pretende investigar; saber la perspectiva en la que el/la observador/a está situado/a; lo que implica “sobrepasar una visión tan parcial y limitada, y tratar de entender los demás puntos de vista posibles” (Estruch, 2003: 25).

En consecuencia, si se entiende la perspectiva sociológica en el sentido apuntado, el enfoque biográfico en los estudios sociales puede ser una de las aproximaciones más provechosas para el desarrollo del conocimiento sociológico, pues cuando se consigue obtener una serie de relatos (y de visiones diversas) sobre las experiencias de vida de un conjunto de personas y/o grupo social, tales relatos permiten acceder a una forma concreta de articular los acontecimientos personales con las estructuras e instituciones sociales. Dicho en otras palabras, las narrativas biográficas que dan cuenta del desarrollo de una forma de existencia social, a su vez, permiten hallar los mecanismos que entrelazan las realidades micro y macro-sociales, entendiendo el nivel micro-social ligado a las acciones e interacciones de los sujetos en la vida cotidiana, y el nivel macro-social a las estructuras sociales que son producidas y reproducidas por los primeros. De este modo: “Hablar de sí y de su pasado, es hablar de las personas o grupos que se han frecuentado, de las instituciones por las que se ha pasado y que han dejado marcas subjetivas: en lo más personal se lee lo más impersonal, en lo más individual lo más colectivo” (Lahire, 2009: 5-6).

Las posibilidades del enfoque biográfico en la investigación social se desarrollan entre dos supuestos fundamentales, así como mediante el distanciamiento crítico respecto al

continuo peligro de fabulación y/o ilusión biográfica, entendiendo por tal la construcción narrativa, elaborada por un sujeto que cuenta una vida como si ésta fuese un todo coherente y orientado, que conlleva la deformación de la realidad biográfica realmente vivida por una persona o personas (Bourdieu, 2002).

Por una parte, un supuesto central de la aproximación biográfica es que: “La rememoración nos sitúa ante el yo biográfico como un hecho social total, en el conocido sentido que le da al concepto Marcel Mauss -un fenómeno que concentra, de manera indisoluble diversos niveles, y moviliza diversas instituciones de la realidad social [...]-, y, por ello, recrea el pasado en función del presente y, al contrario, el presente en función del pasado” (Alonso, 1998: 71-72).

Así, las narrativas biográficas permiten observar el despliegue de la acción social situada en contextos concretos que evolucionan a lo largo del tiempo tanto en los niveles micro como macro-sociales. Con lo cual, la obtención de relatos de vida contribuye a acumular testimonios que describen desde el interior de las personas múltiples microcosmos sociales y las lógicas del paso de uno a otro. Esta hipótesis fue central en muchos trabajos de la Escuela de Chicago y de los interaccionistas simbólicos (Thomas y Znaniecki, 1958), de la Sociología de las organizaciones y de las nuevas sociologías (Corcuff, 1998).

Por otra parte, otro supuesto del enfoque biográfico es que “toda historia depende en último término de su intención social [...] Y a veces la intención social de la historia es oscura” (Thompson, 2000: 1). En otras palabras, la historia se construye y se interpreta desde el contexto sociopolítico de *un tiempo presente*, donde actores que ocupan distintas posiciones sociales y/o de poder cuentan sus historias. Por ello, cabe preguntarse: ¿cómo interpretan las personas su vida desde el presente? o ¿mediante qué marcos narrativos las personas cuentan sus vidas?; ¿qué límites de dichos marcos se imponen a las personas? (Lahire, 2009). Además, en todo momento existe el peligro de los olvidos, de las lagunas en la memoria, de las interpretaciones sesgadas y manipulaciones, de las alteraciones de los hechos; en definitiva, de las justificaciones que contribuyan a avalar la perspectiva de quien cuenta lo sucedido.

De este modo, se ha argumentado que el mundo del sentido común yerra al creer que el pasado es inmutable e invariable cuando se compara con el devenir del cambio histórico. Además, visto desde el fuero interno de los seres humanos, el pasado es flexible y cambia en función de cómo la “memoria interpreta y explica de nuevo *lo que ha sucedido*.”

Así pues, poseemos tantas vidas como puntos de vista” (Berger, 1988: 85). Pero es precisamente esta flexibilidad y apertura en la reconstrucción del pasado, lo más interesante para examinar las posibles orientaciones, deformaciones o interpretaciones de los actores sociales. En suma, en el proceso de creación y recreación de las narrativas biográficas, los seres humanos construyen y reconstruyen los hechos y lo que éstos significan para ellos, forjándose su identidad biográfica y social. Así es como se intenta organizar y atribuir sentido a las situaciones y vivencias de las personas en sus procesos de interacción.

El referido peligro de fabulación se debe a que los acontecimientos socio-históricos reúnen “todo lo necesario para que se los transfigure en mitología. Están cerca de nosotros, son humanos y, en consecuencia, estamos inevitablemente tentados de atribuirlos a la voluntad clara y resuelta de algunos personajes, individuos o grupos, que se convierten en angélicos o monstruos en razón misma del bien o del mal que se supone están causando [...] La historia incita a la mitología por su estructura misma, por el contraste entre la inteligibilidad parcial y el misterio de la totalidad [...]” (Aron, 1993: 31).

Sin embargo, ha de reconocerse que el mito y su dimensión narrativa estructuran los acontecimientos dependiendo de los valores, creencias y concepciones del mundo (*Weltanschauung*) de quienes contribuyen a su divulgación. Por ello, el mito es otro modo de ofrecer *razones* sobre la experiencia humana en el mundo cotidiano. Así, los relatos autobiográficos comportan el relevante desafío de indagar en el conjunto de mitos y/o representaciones sociales que conforman los diversos modos de construir “la realidad social, en tanto delimitadores de contornos de sistemas de significación” (Lindón, 1999: 307-308).

En definitiva, los seres humanos de todos los tiempos han contado sus historias personales y han escuchado los relatos que sobre los hechos pasados ofrecían sus allegados y otras personas. En realidad, el punto de vista “objetivo” sobre la narración de los acontecimientos históricos y/o de una vida no existe, pues en todo momento hay algún sujeto que en un contexto cuenta lo ocurrido enfatizando unos acontecimientos y desatendiendo los demás, en virtud de su posición social y de la situación vivida. Por ello, una cuestión clave es hacer explícita tanto dicha posición como las condiciones sociales de existencia que rodean al sujeto o sujetos que construye/n la narración biográfica.

Pese a las antedichas dificultades, inherentes a la investigación socio-histórica y hermenéutica, a los estudiosos de lo social les cabe analizar las bases sociales en que se sustentan las perspectivas de los sujetos que cuentan sus vivencias, así como los hechos

que se repiten y/o diferencian en uno o varios relatos de cierto grupo social. Las bases sociales de dichos relatos y sus recurrencias o diferenciaciones responden a las estructuras y cambios sociales en que se insertan las realidades humanas. Por ello, en el estudio de éstas, nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de captar la realidad histórica. Y puesto que la esencia de la realidad histórica es dialógica y comunicante (verbal y lingüística), la interpretación adecuada y verosímil de dicha realidad hace referencia a la dimensión concreta de la comunidad de un grupo, es decir, a la tradición del conocimiento concreto de la comunidad en donde lenguaje y tradición son inseparables. Asimismo, dicha tradición es el mecanismo por el que se transmiten y se desarrollan los lenguajes, si bien éstos no son una reproducción de la tradición, puesto que la tradición se sitúa en la historia y tanto una como otra se transforman de manera continua por parte de los agentes y de los acontecimientos (Alonso, 1998).

Por ello, como advirtieron diversos estudiosos que emplearon la aproximación biográfica en su labor investigadora, se obliga al científico social a recuperar sus olvidadas raíces humanistas y apearse de la ilusoria posición que le sitúa por encima del bien y del mal. Quizá por esta razón, una de las tareas fundamentales de quienes desarrollan la Sociología ha de consistir en “[e]scuchar las múltiples historias de significados humanos y contar después las historias tan fidedignamente como sea posible” (Berger y Kellner, 1985: 113. Subrayado de los autores). A juicio de un sociólogo italiano, el conocimiento que se obtiene mediante este escuchar “no tiene al ‘otro’ como su objeto [...] Se trataría de un conocimiento mutuamente compartido, basado en la intersubjetividad de la interacción, un conocimiento más profundo y objetivo, cuanto más íntegra e íntimamente subjetivo” (Ferrarotti, 1981: 20). En parecido sentido, Alejandro Moreno y sus colaboradores han practicado la “in-vivencia en el mundo-de-vida y desde ella [han] buscado la fuente de la comprensión y, en ellas, de conocimiento” (Moreno et al., 1998: 15-16), suponiendo que las historias de vida no son meras fuentes de datos, sino una trama de significados sociales que merecen ser revelados.

Si bien con el enfoque biográfico no se pretende hacer generalizaciones, sus aportaciones son muy valiosas para el conocimiento en profundidad de fenómenos sociales locales. Por ello, la investigación biográfica-narrativa es un género importante para representar y hablar de la *acción en situación* en la vida cotidiana y en contextos concretos. Así, pueden estudiarse los discursos narrativos, de forma más provechosa, en la medida

que se refieren a un entorno sociocultural específico (Atkinson, 2005: párrafo 12). Evidentemente, ello no supone descartar el valor de los modelos y análisis macrosociológicos, pero nos advierte del hecho de que cuando el análisis sociológico atiende a las prácticas reales y efectivas de los actores, lo que se observa es una gran diversidad de registros locales de acción (Marttucelli, 2009: 15). Tales registros locales de acción sólo pueden estudiarse si la perspectiva sociológica se concibe de manera abierta, flexible y vinculada a las visiones de los actores; es decir, cuando los procesos biográficos son estudiados a la luz de las diversas situaciones y miradas de los actores sociales.

3.- Acción y estructura en el marco de las relaciones entre biografía y Sociología.

Seguidamente se argumenta que los conceptos de “situación biográficamente determinada” (Schütz, 1974) y de “dualidad de la estructura” (Giddens, 1995) son pertinentes para una comprensión dialéctica e integrada del problema acción-estructura, así como para una mejor comprensión de las relaciones entre biografía y Sociología. Además, se revela que tales conceptos son provechosos para una mayor profundización y esclarecimiento de la perspectiva sociológica y de las tareas a ella vinculada.

Por un lado, Alfred Schütz argumenta que en cualquier momento de su vida cotidiana, el ser humano se encuentra en una *situación biográficamente determinada*, esto es, un entorno físico y socio-cultural que cada sujeto define y en el que ocupa una posición social, moral e ideológica concreta; tal situación además tiene una historia en la que se acumulan “todas las experiencias previas del hombre, organizada en el patrimonio corriente de su acervo de conocimiento a mano” (Schütz, 1974: 40). Es decir, cualquier persona se sitúa de una manera particular en el mundo, pues toda su experiencia socializadora es única, lo cual lleva a que esta persona adopte una mirada genuina hacia la sociedad que depende, en buena medida, de su posición en el mundo de sentido común. Además de estar configurada por todo el acervo de conocimientos obtenidos en el pasado, la situación biográfica incluye lo que Schütz conceptúa como *propósito a mano*, que “incluye ciertas posibilidades de actividades prácticas o teóricas futuras” (Schütz, 1974: 40). Dicho *propósito a mano* constituye un conjunto de elementos significativos para la persona y que la predisponen a discriminar entre aquello que presenta interés para ella y aquello que no, estableciéndose, a su vez, los elementos de la situación que han de ser considerados como características típicas y los que no (Schütz, 1974: 40). Sin duda, los elementos significativos

para las personas determinan el modo en que éstas recuerdan el pasado y, por ende, el modo en que relatan e interpretan sus vivencias, así como sus identidades sociales. Por tanto, como las vivencias son interpretadas subjetivamente, no existe una única interpretación de las mismas, sino que varían según la perspectiva espacio-temporal desde la que sean interpretadas. Precisamente por esto, existe cierto margen de libertad e innovación en el obrar humano, pues interpretar el mundo es un modo de actuar. Si las vivencias de los seres humanos sólo fuesen interpretadas y relatadas de una única forma, no sería posible tal margen de libertad e innovación. Así, en los estudios de los fenómenos sociales han de considerarse estas condiciones de producción de las narrativas que construyen los sujetos sobre sus vivencias, sobre todo cuando se trata de conocer cómo influyen dialécticamente acciones y estructuras en tales sujetos.

Por otro lado, Giddens desarrolla su teoría de la estructuración mediante el concepto clave de *dualidad de la estructura*. Este concepto supone tres implicaciones para la teoría y práctica sociológica de gran trascendencia; a saber, en primer lugar, dicho concepto supone un abierto rechazo a las concepciones objetivistas de la estructura, que definen a ésta en términos descriptivos o en un sentido reduccionista eliminando conceptualmente el sujeto activo (Beltrán, 2005: 266). Para Giddens, las estructuras no existen congeladas en el tiempo y en el espacio, sino que las primeras “son internas a la actividad, no operan independientemente de los motivos y las razones que los agentes tienen para hacer lo que hacen; en la medida que no tienen una existencia independiente de la situación en que los agentes actúan, tampoco tienen una existencia continua y tangible, ni actúan sobre las gentes como fuerzas de la naturaleza” (Andrade, 1999: 186).

En segundo lugar, el concepto de dualidad de la estructura, sin ocultar los constreñimientos que existen sobre los agentes, enfatiza la acción y el poder de los actores, ya que éstos tienen capacidad de introducir cambios en el mundo social (Beltrán, 2005: 266). De tal modo, el actor participa activamente en la constitución de la sociedad, se reproduce a sí mismo en la interacción cotidiana y se realiza por la necesidad de comprender y explicar el mundo social (Giddens, 1995). En otras palabras, si bien el dominio de la acción humana está limitado por las propias estructuras, éstas “*no deben conceptualizarse [como] si impusieran simplemente constreñimientos al obrar humano, sino en tanto que son habilitadoras*. Esto es lo que llamo *dualidad de estructura*. La estructura siempre se puede examinar en principio en los términos de su estructuración. Investigar la

estructuración de prácticas sociales es tratar de explicar cómo la estructura es constituida por una acción, y recíprocamente, cómo una acción es constituida estructuralmente. *Los procesos de estructuración implican una interrelación de sentidos, normas y poder*” (Giddens, 2012: 205. Subrayados del autor). Por ello, todo orden social, cognoscitivo y moral, es también un sistema de poder que incluye una opción de legitimidad.

En tercer lugar, la dualidad de la estructura supone considerar que agentes y estructuras no son dos conjuntos de fenómenos que se desarrollen independientemente en la práctica; es decir, agentes y estructuras representan una dualidad y no un dualismo (Beltrán, 2005: 267). La dualidad de la estructura implica, pues, que “las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellos [los agentes] organizan de manera recursiva” (Giddens, 1995: 61). Esto lleva a enfatizar tanto la dimensión ideal (creencias, símbolos, sentimientos, etc.) como material (infraestructura económica, entorno geográfico, medio ambiente, etc.) de los referidos procesos de estructuración. Desde esta perspectiva, Giddens define la estructura como “reglas y recursos que recursivamente intervienen en la reproducción de los sistemas sociales. Una estructura existe sólo como huellas mnémicas, la base orgánica de un entendimiento humano, y actualizada en una acción” (Giddens, 1995: 396). En otras palabras, las reglas y recursos de que se disponen en la producción y reproducción de una acción social son, a la vez, los medios para la reproducción sistémica. Así, toda estructura existe en el momento que una acción la produce y reproduce; por ello, en cierto modo, los sujetos pueden actuar de diferentes maneras y cambiar la estructura.

Por consiguiente, dada la relevancia de los dos conceptos anteriores para comprender la relación dialéctica entre acción y estructura, entender el cambio social, y dilucidar las relaciones entre Sociología y biografía, se hace necesario incorporar en la medida de lo posible ambos conceptos o herramientas analíticas en los estudios sociales.

3.- Conclusiones.

En este trabajo, se ha tratado de esclarecer las interrelaciones entre perspectiva sociológica y enfoque biográfico, ya que ambas miradas o aproximaciones a la realidad social pueden ser complementarias y enriquecerse una a la otra, sobre todo si se concibe la primera como una forma de conciencia parcial y racional, que ha de tener la suficiente sensibilidad como para escuchar y examinar los relatos y, por ende, los significados que elaboran los seres

humanos a lo largo de sus vidas. Solo de esta manera, el estudioso de los fenómenos sociales podrá acceder al conocimiento de la vida cotidiana y de las cambiantes narrativas que sobre las experiencias personales, grupales y sociales construyen los agentes en determinados contextos espacio-temporales. Evidentemente tales narrativas dan cuenta, al decir de A. Schütz, de una “situación biográficamente determinada” y del “mundo de sentido común” que condicionan, a su vez, las miradas que adoptan los referidos agentes.

En consecuencia, quien pretenda desentrañar los sentidos, normas y relaciones de poder que se desarrollan en los procesos de interacción social o, al decir de Giddens, en los procesos de estructuración, ha de examinar la situación biográfica de los agentes, su mundo de sentido común ligado a tal situación, así como la dualidad de la estructura inherente a dichos procesos de interacción social. Si el analista social es capaz de conjugar estos conceptos en sus trabajos empíricos, entonces podrá desarrollar eficazmente la perspectiva sociológica, al tiempo que podrá acceder a una adecuada comprensión de la acción y la estructura en su tarea investigadora. Para ello, además de ser consciente de las anteriores reflexiones, se requiere de suficiente imaginación sociológica, esto es; volver a plantearse los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad en los asuntos que son objeto de la investigación sociológica. Si olvidamos esto, entonces no tendrá sentido la labor de la Sociología como disciplina de conocimiento y saber humanístico. O en otras palabras, no plantearse el estudio de los problemas de la biografía y de la historia implica renunciar a poder comprender lo que “es externo a los sujetos y lo que es comprensible desde ellos” (Gaytán, 2011: 74).

4.- Bibliografía

ALONSO, L. E. (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.

ANDRADE, A. (1999), “La fundamentación del núcleo conceptual de la teoría de la estructuración”, en ANDRADE, A. (coord.) *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales*, México, UNAM, FCPYS: pp. 173-193.

ARCHER, M. (1988), *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.

ARON, R. (1993), “Introducción”, en WEBER, M., *El político y el científico*, Madrid, Alianza: pp. 9-77.

ATKINSON, P. (2005), “Qualitative research - Unity and diversity” (25 paragraphs), en *Forum*

- Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 6 (3), Art. 26. En la red: <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/3-05/05-3-26-e.htm> (Consulta el 11/02/2011).
- BELTRÁN, M. (2000), *Perspectivas sociales y conocimiento*, Barcelona, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (México).
- BELTRÁN, M. A. (2005), "El dilema: acción estructura. Una visión desde Jeffrey Alexander y Anthony Giddens", *Revista Colombiana de Sociología*, nº. 24: pp. 251-271.
- BERGER, J.; EYRE, D. y ZELDITCH, M. (1989), "Theoretical Structures and the Micro/Macro Problem", en BERGER, J.; ZELDITCH, M. y B. ANDERSON (Eds.), *Sociological Theories in Progress: New Formulations*, Newbury Park, Calif., Sage, pp.11-32.
- BERGER, P.L. (1988), *Introducción a la sociología*, México, Limusa.
- BERGER, P.L. y LUCKMANN, T. (1991), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu. (Edición original de 1967).
- BERGER, P.L. y KELLNER, H. (1985), *La reinterpretación de la sociología*, Madrid, Espasa-Calpe. (Edición original de 1981).
- BERTAUX, D. (1981), *Biography and Society: The Life History Approach in the Social Sciences*, Beverly Hills, Sage.
- BERTAUX, D. (1997), *Les récits de vie: perspective ethnosociologique*, París, Nathan Université.
- BOURDIEU, P. (1979), *La distinction: critique sociale du jugement*, París, Editions de Minuit.
- BOURDIEU, P. (1999), *La miseria del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica (Edición original de 1991).
- BOURDIEU, P. (2002), "La ilusión biográfica", en BOURDIEU, P., *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, pp. 74-83.
- CICOUREL, A. (1982), *El método y la medida en sociología*, Madrid, Editora Nacional. (Edición original de 1964).
- CORCUFF, P. (1998), *Las nuevas sociologías*, Madrid, Alianza.
- ELIAS, N. (1978), *What is Sociology?*, Londres, Hutchinson. (Edición original de 1970).
- ESTRUCH, J. (2003), "La perspectiva sociológica", en CARDÚS, S. (coord.), *La mirada del sociólogo. Qué es, qué hace, qué dice la sociología*, Barcelona, Editorial UOC, pp. 15-42.
- FERRAROTTI, F. (1981), *Storia e storie di vita*, Roma-Bari, Laterza.
- GARFINKEL, H. (1967), *Studies in ethnomethodology*, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- GAYTÁN, F. (2011), "El regreso del sujeto... ¿hacia dónde? Perspectivas sociológicas sobre

acción y orden social”, en *Revista del Centro de Investigación*, Universidad La Salle-México, vol. 9, nº. 35, pp. 67-77. En la red: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34218346008> (Consulta el 23/08/2013).

GIDDENS, A. (1995), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu. (Edición original de 1984).

GIDDENS, A. (2012), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu. (Edición original de 1976).

GOFFMAN, E. (2009), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu. (Edición original de 1959).

HABERMAS, J. (1987), *Teoría de la acción comunicativa*, Vol.1, Madrid, Taurus. (Edición original de 1981).

LAHIRE, B. (2009), “Sociología y autobiografía”, en *Trabajo y Sociedad*, 12(IX), pp. 1-7. En la red: www.unse.edu.ar/trabajosociedad (consulta el 19-5-2013).

LINDÓN, A. (1999), “Narrativas autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social”, en *Economía, Sociedad y Territorio*, 6(2), pp. 295-310.

MARINAS, J.M. y SANTAMARINA, C. (1993), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate.

MARTTUCELLI, D. (2009), “La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas”, en *Papeles del CEIC*, nº 51. En la red: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/51.pdf> (Consulta el 13/08/2013).

MARX, K. (1982), *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel. (Edición original de 1869).

MIGUEL, J.M. (1996), *Auto/biografías*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

MILLS, C.W. (1993), *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica. (Edición original de 1959).

MORENO, A. et al. (1998), *Historia-de-vida de Felicia Varela*, Caracas, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicit).

NATANSON, M. (1974), “Introducción”, en Alfred Schütz, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 15-32.

PUJADAS, J.J. (1992), *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

RITZER, G. (1993), *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid, Mc Graw Hill.

ROBLES EGEA, A. (2012), "Los atavismos ideológicos en los nuevos populismos", en Éric Dubesset y Lucia Majlátová (Eds.) *El populismo en Latinoamérica: Teorías, Historia y Valores*, Pessac-Cedex, Presses Universitaires de Bordeaux.

SIMMEL, G. (1986), *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.

SCHÜTZ, A. (1974), *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu. (Libro póstumo del autor que integra trabajos publicados originalmente entre 1940 y 1955).

THOMAS, W.I. y ZNANIECKI, F. (1958), *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Dover. 5 Vols. (Edición original de 1918-1920).

THOMPSON, P. (2000), *The voice of the past*, Oxford, Oxford University Press.

TOURAINE, A. (1977), *The Self-Production of Society*, Chicago, University of Chicago Press.